

El ideal universitario americano: valores y virtudes (liberales). Recensión de *Universidad, ciudadanos y nómadas*, de Víctor Pérez-Díaz, Ediciones Nobel, 2010, 206 páginas

José Sánchez Maldonado

jsanchezm@uma.es

Carlos Rivas Sánchez

crs@uma.es

Departamento de Economía Aplicada (Hacienda Pública), Facultad de Ciencias Económicas y Empresariales, Universidad de Málaga. Calle Ejido, nº 6. 29071-Málaga (España).

Recibido: 13 de julio de 2010

Aceptado: 13 de septiembre de 2010

Resumen

Víctor Pérez-Díaz plantea en un extenso y profundo ensayo su visión sobre la Universidad, contrastando el éxito norteamericano, o anglosajón, frente al declive europeo y, por ende, español. Su tesis principal es que la primacía estadounidense radica en el clima moral de su sociedad y en el diseño de sus reglas. En lo primero, la inquietud y la búsqueda de la verdad cristalizan en un espíritu liberal, que anhela el conocimiento, con todas sus paradojas, como la duda sistemática de los poderes y saberes establecidos, más allá de la instrucción profesional y laboral. Pero también, su conexión con la realidad social de la que obtiene recursos vía empresas, filántropos y, sobre todo, de alumnos que valoran su utilidad social, le confiere un compromiso con su tiempo y un distanciamiento desde el rigor.

La regeneración de la universidad europea y española dependerá asumir ese enfoque liberal. En él la investigación desempeña un papel central en el cambio de actitudes entre los propios académicos, hacia una mayor ambición científica y moral, así como para dotar de rigor a la discusión pública en términos de sensatez y decencia.

Palabras clave: Universidad, Estados Unidos, liberalismo, política universitaria

Códigos JEL: A13, A23

Este descuido de la inteligencia se pagaría al final con gentes inclinadas a dictaminar cómo debe ser la realidad sin enterarse antes de cómo es (p.160)

No podrá decirse que Víctor Pérez Díaz (en adelante, VP-D) haya dedicado poco tiempo y esfuerzo a enterarse de cómo es la realidad. Es autor, en solitario y en colaboración, de una extensa obra centrada en estudiar desde la perspectiva de la sociología y la teoría política cuestiones ligadas a unos pocos grandes temas: la educación, los problemas de la democracia o

la articulación de la sociedad civil frente a los poderes tradicionales. Junto a ello, ha investigado el problema de la dependencia energética española o el papel de la innovación y la ciencia en nuestro país, por citar los más recientes. Junto a su producción más netamente científica, colabora constantemente en revistas culturales y en la prensa diaria, por lo que no es difícil seguir el rastro de su desarrollo intelectual.

Siendo, por tanto, la educación en general y la universidad en particular, un tema favorito de VP-D, tenemos que para elaborar el ensayo que nos ocupa el autor parece haber abierto las compuertas de toda esa producción anterior y haber puesto un filtro en el que recoge esencialmente las conclusiones normativas y hasta las enseñanzas morales.

Pero lo que realmente llama la atención es el larguísimo alcance de las explicaciones y justificaciones que hilan sus tesis, las cuales sobrepasan por varios cuerpos otros intentos anteriores de exposición y crítica que uno haya leído. Por poner un primer ejemplo, en esta obra se hace un relato de los males de la universidad española en el mismo tono en que lo hemos oído y leído cientos de veces antes de ahora, sin embargo, cuando llega la hora de describir la raíz de esos males se termina aludiendo a una “atonía moral”, no ya española, sino europea y cuyo origen, a su vez, debería hallarse en el hecho de que en Francia, Alemania e Italia esperasen a ser liberados del nazismo por terceros países en vez habérselo procurado ellos mismos. A uno le puede parecer que esto ya es mucho decir, pero no puede dejar de reconocer una ambición singular a la pluma que conecta el bajo nivel de la selectividad en la España del siglo XXI con el colaboracionismo francés en los años cuarenta.

Para terminar de situar al lector, digamos que VP-D escribe desde la perspectiva de un liberal, o, más bien, de un neoliberal. Por neoliberal no entendemos más que alguien que rechaza la lógica del Estado del bienestar de raíz keynesiana y, a cambio, se adhiere a los postulados contrarios al intervencionismo estatal de Hayek o la Escuela de Chicago. Hay que decir que el rastro de esta adscripción ideológica no está precisamente oculto, pues se cita abiertamente a Friedman y Hayek, pero también al resto de clásicos populares que han proporcionado los argumentos de esta *weltanschauung* desde un punto de vista más ensayístico y filosófico, como Michael Oakeshott, Isaiah Berlin o Karl Popper.

Repetimos que se trata de un ensayo, es decir, no es un tratado con base documental y estilo plano o neutro, sino un texto con voluntad de estilo, a veces más de la que alguno desearía, que en este caso navega entre las aguas de la filosofía moral, la filosofía de la educación, la sociología de la educación, la historia y la teoría política. Se trata además de un ensayo que defiende con entusiasmo una tesis central que postula implacable y persistentemente: las (mejores) universidades americanas son las mejores del mundo por razones de tipo cultural y de diseño institucional. Esto significa, entre otras cosas, que no es cuestión de política, ni de recursos, ni de técnicas pedagógicas lo que condena a las universidades europeas, y a la española no digamos, a quedar sistemáticamente por detrás. Efectivamente, las claves del éxito del modelo americano residirían, en primer lugar o en el nivel más visible, en un diseño institucional donde imperan las normas del mercado. Así, los agentes del sistema se comportan como empresarios en mercados competitivos, es decir tomando decisiones que ponen en juego sus recursos y con la mente puesta en rentabilizar al máximo sus inversiones. Ni que decir tiene que para que esta lógica estricta de mercado se sostenga la intervención estatal es mínima. La dirección de cada universidad está sometida a

instancias de control pero funcionando de modo descentralizado y autónomamente con respecto a las autoridades porque su presupuesto no depende de ninguna de ellas en solitario. Es esta una autonomía que se traspasa a estudiantes y profesores. En segundo lugar, la educación liberal americana triunfa porque habría sido capaz de dotarse de una razón moral, de justificarse ante sí misma y ante la sociedad. Ello le resulta viable porque en la sociedad americana, al contrario que en la frívola Europa, cabe apelar a unas creencias básicas comunes, a un consenso moral básico y saludable que encaja casi al cien por cien con las reglas de la universidad liberal: cooperación, competición, aspiración a la excelencia y confianza en uno mismo y los demás.

Sin duda que en este entusiasmo por la bondad superior del modelo universitario que representan las mejores instituciones americanas no va a tener problemas en hallar quienes estén completamente de acuerdo con él, puesto que, como se sabe, los rankings al uso encumbran a los centros estadounidenses año tras año. Sin embargo, VP-D va aquí también un poco más allá y fundamenta ese ideal en el concepto de “universidad liberal” o “educación liberal”, en torno al cual giran buena parte de las argumentaciones. Aclarémonos ahora un poco con este concepto de uso corriente en el ámbito anglosajón, pero que no suena tan familiar a nuestros oídos.

Fue John Henry Newman, a quien se cita extensamente, el responsable de la elaboración clásica de lo que debe ser el contenido y los beneficios de la educación liberal. Para empezar una educación es liberal cuando es un fin en sí misma, independiente de sus efectos prácticos, no queda orientada a ningún objetivo específico que no sea el del libre ejercicio del pensamiento. Lo que busca ante todo es fomentar la capacidad de razonamiento, no trata de transmitir contenidos concretos sino desarrollar cualidades mentales como la capacidad para el pensamiento crítico y la consiguiente liberación de prejuicios, dogmas y supersticiones. Como dice el propio Newman en su *The Idea of a University*, la educación permite a los hombres (sic) tener una visión clara y consciente de sus propios juicios y opiniones, desarrollarlos con veracidad, expresarlos con elocuencia y reivindicarlos con energía. Le permite no dejarse distraer ni confundir por lo irrelevante, y finalmente lo habilita para ocupar cualquier puesto con garantías y para dominar fácilmente cualquier materia. En suma, una educación para el gentleman ilustrado, opuesta tanto a los dogmatismos como a la mera instrucción para desarrollar un oficio.

Una idea que sin duda ha evolucionado pero que en definitiva sigue basándose en primar el desarrollo de la capacidad de aprendizaje, razonamiento y argumentación del alumnado por encima de los contenidos concretos.

Con estas bases de partida, y sin perder en ningún momento el aliento normativo, el ensayo se divide en tres bloques, el primero de ellos compuesto por los tres primeros capítulos, y con una perspectiva de filosofía de la educación. El segundo bloque, integrado por los dos capítulos siguientes, sería el más centrado en la historia y la sociología de la educación. El tercer bloque, integrado por el último y sexto capítulo, es una especie de coda sobre las virtudes de la ciencia y de los científicos, donde se vuelve a indagar en aspectos que quedaron pendientes de detallar en los primeros capítulos

En el primer capítulo se evoca una universidad liberal que sería la universidad verdadera y auténtica. Su fundamento es la “búsqueda de la verdad” y su práctica nuclear justamente el entrenamiento en dicha búsqueda. De hecho, esta búsqueda de la verdad no supondría más que llevar a sus últimas consecuencias una experiencia humana primordial y llena de riesgos. El peligro reside en que el razonar termina necesariamente transportándonos a los límites del mundo conocido y de sus seguridades de todo tipo, que no quedaría más remedio que terminar por reconocer como provisionales e incompletas. Pues bien, para encauzar ese impulso primordial se inventó en el Medievo esta institución que es la universidad. Aunque en realidad detrás de su nacimiento había otras razones más prosaicas; la universidad como institución se avenía a la lógica e intereses del poder político y económico.

De este modo, quedan planteadas desde muy temprano las dos tensiones básicas que planean sobre la universidad: la primera, que su actividad ideal de búsqueda de la verdad no garantiza su utilidad social y, de hecho, con frecuencia, tiende a poner en cuestión los cimientos mismos de la comunidad y termina deteriorando los núcleos de creencias compartidas.

La segunda tensión procedería de las presiones externas a que se ve sometida, necesariamente y para poder subsistir, por parte de otros agentes políticos y económicos, que pueden tener intereses compartidos pero también opuestos. Tras un excursus histórico, se afirma que ha sido en las modernas universidades liberales norteamericanas donde mejor se ha sabido recoger el legado de la universidad auténtica, y donde mejor se han toreado esas fuentes de dificultades, gracias a un diseño institucional basado en la lógica de mercado, la rendición de cuentas y la distancia con respecto al poder público.

El segundo capítulo, por su parte, entra en mayores detalles sobre las ventajas y justificaciones de una educación liberal. En este caso, la argumentación se construye en torno al par “Compromiso y Distanciamiento”.

Aclaremos, ya que en el ensayo no se cita, que cualquiera que se interese mínimamente por la sociología sabe que ese es precisamente el título de una de las obras mayores dentro de Norbert Elias, en la cual, y dentro justamente del ámbito de la sociología del conocimiento, argumenta que toda la vida social se desarrolla en forma de equilibrio entre esos dos polos ideales: el distanciamiento absoluto respecto a las emociones y los valores que exigen el tratamiento sistemático y científico de cualesquiera cuestiones, por un lado, y el abandonarse completamente al aquí y ahora del compromiso emocional. Para Elias, lo interesante desde el punto de vista sociológico era determinar en qué punto de ese continuo nos situamos en relación con los diferentes objetos o tipos de conocimiento.

VP-D, por el contrario, se empeña en relatar algo que el trabajo citado ya daba por sabido: las ventajas y limitaciones del distanciamiento de cara al proceso de conocimiento.

Y es en ese sentido que se repite cómo el distanciamiento respecto a la realidad, que la experiencia universitaria liberal debe procurar porque está en condiciones de hacerlo, mejora nuestras posibilidades de entender y consiguientemente controlar la situación. ¿Y cuál es ese mundo real que desde su distancia intentan entender los universitarios? Para el autor este no puede tener otra forma que la del liberalismo triunfante que vendría a echar el cierre a la

historia, según popularizó Fukuyama: democracia liberal, economía de mercado y pluralismo político. Ahora bien, esta estructura mínima para la convivencia en libertad ha descuidado su contenido, que ha terminado atiborrado de gente que rehúsa dotarse de una filosofía moral y que solo halla vinculación con la búsqueda del estatus y los placeres de los sentidos. Aquí, la educación universitaria puede tanto abrir los ojos ante el fenómeno como empujar para unirse a la fiesta.

Esa distancia que cultiva la universidad liberal no sería sinónimo de desprecio del mundo, sino de lo contrario. Es preciso reconocer, por otro lado, que los deseos y pasiones, gusten o no, es uno de los focos del mundo, uno al que la gente dedicamos nuestras energías. Los deseos pueden ser malignos pero no siempre. No se pueden desdeñar esos afanes comunes: el crecimiento económico, las mejoras del bienestar material, las infraestructuras son temas centrales de la experiencia humana y así debe entenderlo la universidad liberal. Porque hay formas desordenadas del distanciamiento que puede convertir a la comunidad universitaria en una comunidad de alucinados.

En cuanto al capítulo tercero, viene dedicado a enmarcar la experiencia educativa del presente en un contexto histórico y sociológico mucho más amplio, utilizando para ello el hilo conductor de las figuras arquetípicas del ciudadano (sedentario) y del nómada. El punto de partida es la gran forma institucional del presente, una democracia liberal y pluralista, donde muchas cosas, en especial el mercado, funcionan muy bien, pero, al mismo tiempo, sobre ella sobrevuelan riesgos en forma de presiones e intereses particulares.

A continuación viene una filosofía de la historia y de las relaciones internacionales de rasgos neoconservadores. Esto es, las sociedades liberales tendrían una autoconciencia de su propia bondad que les puede hacer fomentar el imperialismo. Compiten con otras por alcanzar reconocimiento y ventajas económicas, lo cual frecuentemente conduce las guerras, y por todo ello pueden verse en ocasiones ante agresiones totalitarias. Sin embargo, el no recordar correctamente las luchas antitotalitarias del pasado puede llevar a la gente a pensar que la clave de su libertad y bienestar radica en sus instituciones. Pero no se mantienen por la pura inercia, porque todo depende de lo que hacen con las instituciones los humanos libres y responsables. Como ilustración de esos peligros se nos presenta el 11-S, que sería una trascendental revelación de la vulnerabilidad de las sociedades occidentales, de “todo Occidente”. Justo en el momento en que pensaba que la globalización llevaba a un final de la historia, habrían sido despertados por quienes no están dispuestos a aceptar la modernidad así como así.

La clave de una sociedad libre habría que buscarla en la inquietud de sus miembros, el espíritu de libertad que les anima en su búsqueda de experiencias, y la heterogeneidad de sus reacciones frente a las oportunidades que les salen al paso. El modelo de “sociedad inquieta” es la norteamericana, imbuidas de tradición e improvisación. Hay en este hormigueo una ética de la autenticidad (que él identifica con que cada uno es responsable de sí mismo) y una ética de la distancia (la libertad implica posibilidad de desviación).

De la contraposición de esas dos experiencias o formas de vida que son las de ciudadanos y nómadas, tendríamos que la respuesta a los retos del presente podría apoyarse en un equilibrio entre ellas, una sociedad estable pero móvil, en continuo crecimiento, con niveles

muy diferenciados. Ese cuerpo complejo necesita un “espacio de alta densidad retórica y reflexiva” donde las cosas se expliquen, argumenten y critiquen, para poner barreras al poder.

Los capítulos cuarto y quinto reflexionan ya más en concreto sobre el modelo universitario americano. Sus títulos ya explican bastante: “Criterios de excelencia” y “Experiencias de penumbra”. En el rastreo de esa excelencia americana se hace un repaso histórico desde las universidades pioneras del XVII y XVIII, labor de ilustrados interconectados por intereses económicos y políticos; el nuevo modelo impulsado por las transformaciones económicas del siglo XIX, con un mayor crecimiento y movilidad social, que estimula la demanda de títulos; o el mayor impulso a la investigación, sobre todo a partir de la Segunda Guerra Mundial, en este caso sí con un papel decisivo del gobierno.

En todo caso, lo esencial, ya apuntado más arriba, es que parten de, y conservan, un diseño institucional basado en la independencia con respecto a las autoridades de todo tipo, lo cual les supone como contrapartida el no tener la supervivencia asegurada, sino que deben garantizársela persuadiendo al medio local de la bondad de sus actividades. Por el lado de la oferta, los magnates de la industria decidirían invertir en universidades de investigación, porque pensarían en clave de progreso material y moral simultáneo y que no se contradice, de un capitalismo sin complejo de culpa, y en un medio a su altura donde la vida económica es dura pero abierta a la competición. Fruto de ello, se refuerza la independencia universitaria: los rectores se comportan como empresarios que se lanzan a conseguir fondos. Al tiempo, las universidades compiten entre ellas para ser las mejores en el marco de mercados competitivos con una intervención estatal mínima. En definitiva, el modo de gobierno de la universidad según la lógica de mercado es equivalente al de la sociedad que le rodea.

Tendríamos, por otro lado, que la admiración que provocan estas mejores universidades americanas no se traduce en una imitación viable por parte de los europeos. Ni se atreven a subir las tasas porque perciben tras ello una injusticia social, ni pueden tirar de las donaciones de antiguos alumnos porque la experiencia universitaria europea no permite crear esos lazos emocionales que las harían posibles. Tampoco sus élites sociopolíticas tendrían el ánimo o la visión de aportar más medios, ni se dotan de planes de estudio más flexibles por culpa de las presiones de profesores empeñados en mantener sus asignaturas. En definitiva, no podríamos aspirar a instituciones con un alto grado de autonomía porque se nos ha hecho impensable.

Finalmente, se explica que el modelo americano tiene sus dificultades.

Por un lado la pérdida de calidad de la enseñanza consecuencia de la masificación, y por otro lado, un exceso de especialización y una inflación de publicaciones en el apartado de la investigación. No obstante, su gran problema es que cada vez se echa más de menos un núcleo de creencias comunes, un consenso moral. O a falta de ello un espacio de debate. Efectos todos ellos de la crisis moral que ha seguido al desteñimiento del cristianismo humanista protestante. Ahora bien, como en EEUU esa sustancia moral benéfica, amante de la competición y la excelencia, procede de las familias, asociaciones, las iglesias o de la propia escuela secundaria, etc. continúa vertebrando en lo fundamental al país. Nos encontraríamos, por lo tanto, con un marco americano de autonomía real de las universidades y otro europeo de dependencia respecto al intervencionismo y al presupuesto estatal. Esta restricción de su

libertad se contagiaría a todos los agentes e impediría una comunicación intelectual genuina basado en el respeto y la lealtad.

Por recapitular, dos son las claves de la excelencia norteamericana. La primera es cultural, en el sentido de poseer una cultura moral saludable, donde si bien su impulso procede del cristianismo humanista protestante que busca reformar el mundo, esa referencia religiosa habría quedado secularizada y persistiría en rasgos diversos que son síntomas de vitalidad como la filantropía u otros menos simpáticos como el imperialismo de rapiña. Frente a ello, los europeos serviríamos a los mismos dioses (es decir, no somos mejores), solo que lo haríamos de modo más cobarde y con un aliento que solo nos alcanzaría para meternos el dedo en el ojo los unos a los otros. La segunda clave es el diseño institucional con amplitud de miras, léase de mercado, donde se aúna libertad y comunidad, donde hay avidez por el debate y la comunicación.

En cambio, en Europa, con su dependencia del centro y el reforzamiento de sus fronteras, esto se ha hecho inviable.

Para el diagnóstico de los males de la universidad española el autor se fija en un núcleo central y que entiende determinante: las relaciones profesores-discípulos-estudiantes. A partir de aquí, hace un relato del proceso de selección y promoción del profesorado desde primeros del siglo XX, para terminar apuntando lo tantas veces repetido: hay un alto nivel de clientelismo, la endogamia es muy elevada, etc., y en consecuencia no prima el culto a la excelencia y el debate. También se recoge la conocida tesis de que la masificación, la política de relajar los requisitos de acceso y el bajo nivel cultural general haya producido unos estudiantes poco motivados y que asumen sin más complicaciones su derecho a ser universitario a un coste bajo y según la ley del mínimo esfuerzo.

Lo que ya sobresalta algo más, como recordábamos al principio, es que en medio de todo el diagnóstico el rapapolvo a la universidad española se transforme a uno que alcanza a toda Europa (tal vez con la excepción del Reino Unido) en los últimos setenta años. El argumento va así: la confusión española, su falta de ambiciones y autoexigencia, su atonía moral, se ve reforzada por la de sus coetáneos europeos. Esa frivolidad europea tiene su raíz y síntoma más visible en el hecho de que no pudieran o quisieran liberarse del nazismo en los años cuarenta, una liberación que les vino otorgada desde fuera. De ahí esa falta de claridad moral que se habría puesto de manifiesto en el apoyo de porciones significativas de la población “hacia los partidos y las ideologías de signo comunista, o similar”.

El capítulo final está dedicado a glosar las virtudes y los valores que mueven a los científicos. La razón que le lleva a hacerlo sería indagar en la relación entre universidad e investigación como elemento decisivo a partir del cual abordar una reforma universitaria. Pero, ¿por qué decisivo? Pues porque de lo que se trata es de quebrar el actual statu quo (y encaminarnos hacia una educación verdadera o educación liberal) y este de la calidad de la investigación es su flanco más débil, de modo que con ese contrapunto los valores y virtudes liberales pueden hacer valer mejor su superioridad.

Poniendo en segundo plano el papel de la ciencia como vehículo para el desarrollo de un país a todos los niveles, su importancia se aborda desde un punto de vista diferente. El valor de

la ciencia residiría en ofrecernos unas prácticas que implican alejarse del ruido de las discusiones a voces y encaminarnos por el pensamiento ordenado y por una expresión clara que apela al sentido común. Esas pautas de pensamiento claro llevarían añadida una dimensión moral, en tanto tienen como consecuencia distinguir lo que está bien de lo que está mal en los diferentes ámbitos. Por eso el espíritu científico es relevante para la misma conducción de la política, porque proporciona una esfera pública de mayor calidad, pues prima la sensatez (porque saben de lo que hablan) y la decencia (porque son conscientes del bien común), lo cual hace a las democracias liberales menos proclives a derivar hacia una tiranía.

Se señala que los científicos se mueven fundamentalmente por incentivos internos antes que por el poder y la gloria, esos incentivos emanan de una cultura asentada sobre virtudes intelectuales (observación, reflexión, razonamiento abstracto, etc.) y morales (justicia en el reconocimiento del valor de cada aportación, generosidad y gratitud).

Todas estas se ven complementadas por la confianza en sí mismo y en los demás. Pero toda esa “sociabilidad virtuosa” no surge por generación espontánea, sino que una sociedad debe invertir para que puedan arraigar, y el mejor invernadero para esas virtudes benéficas es la universidad y unos maestros que no se limiten a transmitir conocimientos sino una experiencia vivida. Y en este sentido, la universidad no se debe limitar a formar científicos sino también cultivar esas virtudes en quienes no lo serán, pues la ciencia necesita un entorno social propicio, donde reine la amplitud de miras y no un horizonte local y limitado.

Así pues, los hábitos de la ciencia —civilidad, prudencia, confianza, generosidad, frialdad de juicio— ayudarían al buen funcionamiento de una comunidad. A modo de ejemplo, habla de la crisis financiera de 2008, de la irracionalidad de las decisiones de inversión y de cómo una mayor familiaridad con la cultura científica hubiera supuesto un freno a todo ello. Tengo mis dudas de que este sea un ejemplo muy bien traído, si se tiene en cuenta que el epicentro de la debacle ha estado en un mundo anglosajón dotado, y desde hace siglos, de las benéficas universidades liberales.

Se termina hablando de cómo los grandes aparatos y corporaciones estatales y privados tienden a dar prioridad al poder y al dinero. De modo tal que las alianzas con estas élites deberían ser necesariamente difíciles, pues lo mismo pueden resultar ser entes responsables como oligarquías que esperen de los científicos y universitarios un comportamiento servil, en cuyo caso, la alianza sería contranatura.

Por último, y en relación con el estilo, debemos advertir que el ensayo está trufado de párrafos que desafían la paciencia del lector. Invitan, más bien, a dejarse transportar por ellos, a poner en juego su capacidad de asociación siempre que se anime a participar, pero que ciertamente enajena a quienes esperaban un estilo académico más neutro que les permitiera descifrar las afirmaciones que se vierten. A modo de ejemplo, animamos a cualquiera a intentar comprender el párrafo siguiente:

“Hay que tener en cuenta también que buscar la verdad de las cosas conduce, a veces, a encontrar tanto las cosas hechas como las que se hacen o aún están por hacer o a medio hacer; y que encontrar la verdad de aquellas que se llevan a cabo suele ir ligado con el esfuerzo de hacerlas según esta verdad, es decir, de hacerlas bien.” (p.30)

Lo curioso del caso es que este ejercicio de estilo que se hace notar y que voluntariamente obstaculiza la lectura no aparece en el resto de artículos del autor que hemos estado consultando para esta reseña. Imagino que es cuestión de gustos, pero la mayoría de ellos nos parecen notables ejemplos de prosa ensayística, a los cuales remitimos a aquellos quieran aclararse, con mayor presteza, por lo que respecta a la postura del autor en relación con la cuestión universitaria a este y al otro lado del Atlántico.

Abstract

Victor Perez-Diaz raises an extensive and profound essay on University, contrasting the American success to the European and, particularly, Spanish decline. His main thesis is that American leading position lies in the moral climate of society and in the design of its rules. In the former, concern and search for truth crystallize in a liberal spirit, which longs for knowledge despite its paradoxes. So, there is no fear of systematic doubt in the political and academic establishments, and the thirst for knowledge goes beyond the professional training and employment. But also American University connects with social reality obtaining resources from business, philanthropists and, above all, students who value their social utility. This close connection confers American University commitment to its time aligned with the rigour.

As a consequence, regeneration of European and Spanish university depends on taking the liberal approach, where research activity plays a central role in changing attitudes among academics, showing a more scientific and moral ambition, and providing rigour to a public discussion based on common sense and decency.

Key words: University, United States of America, liberalism, university policy

JEL Codes: A13, A23